

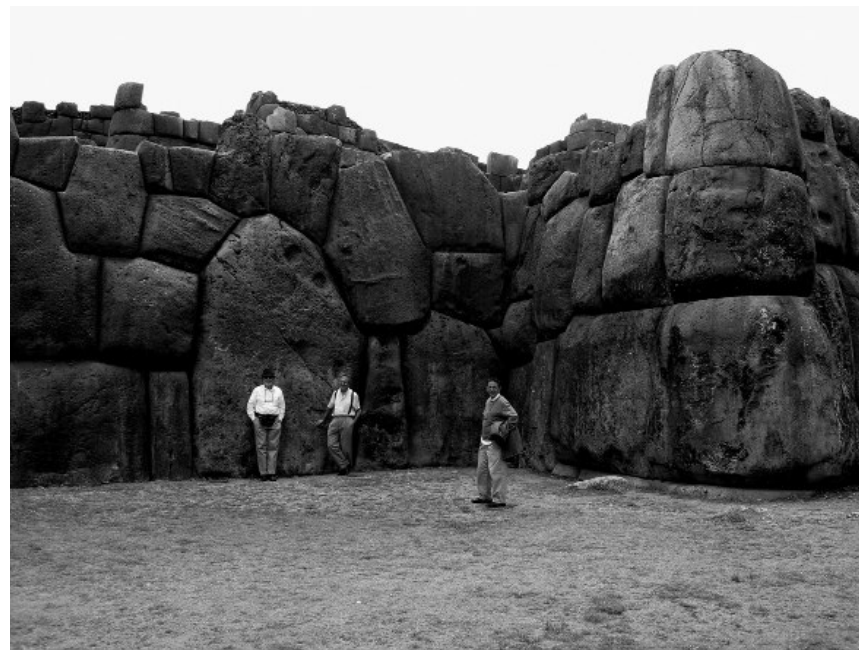
2008. 148
LA CASA DEL AIRE

CIRCO

Imagen de la primera página: Frederick Cooper, Rafael Moneo y Elías Torres en Cuzco.

EN LOS ANDES

RAFAEL MONEO



Para Frederick Cooper que me descubrió los Andes.

Construir un muro con piedras sin labrar, sin mortero, en seco, puede que haya sido el primer paso que los hombres dieron en busca de aquello a lo que hoy llamamos arquitectura. Y así, todas las culturas han explorado cómo servirse de los mampuestos para levantar cercas o construir muros con los que configurar recintos o viviendas, sin utilizar morteros. Construir un muro es simple: requiere seleccionar y elegir aquellos mampuestos aptos -bien sea por su tamaño, bien por su forma- acoplándolos de modo que sean estables, algo que exige contar con el espesor necesario en la base y con un remate o coronación. El cantero pronto aprenderá a disponer las piedras considerando el lugar que ocupan: si se está construyendo una cerca, las piedras más grandes irán en las zonas bajas, en tanto que las más ligeras contribuirán a darle estabilidad y consistencia, haciendo uso de las piedras de menor medida, las ripias, para calzar y dar estabilidad a los mampuestos de mayor tamaño. El constructor advertirá después que la

con los que se construía el muro. El anclaje de las piedras en el suelo, por un lado, y el remate de los muros por otro, serían, sin duda, momentos de crucial importancia para la construcción del mismo y en ellos, la sabiduría de los canteros más expertos se impondría, generando merecido respeto. El resultado está ahí para nuestra continua sorpresa, en los innumerables restos de una cultura que impuso su ley y sus normas en un corto período de tiempo, lo que no fue óbice para una expansión que hoy nos asombra. Con seguridad que tras los muros hay toda una sociedad que hoy no conocemos bien con una capacidad de acción asombrosa. Los muros incas son admirables testimonios de una arquitectura en la que el protagonismo dado al elemento con el que se construye lo convierte a un tiempo en principio y fin. El muro inca como la menos autoritaria o, si se quiere, la más democrática de las arquitecturas en la que el elemento con el que se construye mantiene su autonomía en el todo, sin reclamar ningún tipo de estructura formal añadida para materializarlo.

En tiempos como los que ahora vivimos en los que, instigados por los medios de representación y de construcción de los que disponemos, perseguimos una cierta indeterminación formal sin clara idea de la estructura a la que servimos, el muro de los incas se nos presenta como promesa de que tales ansias quizás se vean satisfechas en un próximo futuro.

Rafael Moneo, New York, 4 y 5 de marzo de 2007, tras un viaje a Perú.

la arquitectura. La autoridad del arquitecto no parece necesaria. Esta singularidad inevitable con la que se construye viene a confirmar la paternidad colectiva de la obra que excluye cualquier tipo de jerarquización laboral. ¿Sería exagerado decir que los muros de los incas son los más radicales ejemplos de una obra compartida, que en los muros de los incas se nos ofrece la más democrática de las arquitecturas o, si se quiere, la menos autoritaria de las construcciones?

Naturalmente cabría una lectura del muro desde coordenadas estrictamente racionales: mamposterías concertadas -mamposterías que buscando una traba más resistente han huido de la horizontalidad- se han dado a lo largo de la historia. Por no citar más que un ejemplo, recordemos al muro de Delfos sobre el que se levantan los Tesoros. Allí también las piedras talladas poligonalmente se traban laboriosamente, siendo lo que las diferencia de las de Cuzco que el plano está cuidadosamente labrado para dar pie así a las inscripciones -auténticos textos- que sobre ellas se han grabado. Cabe pensar que incas y griegos con este abandono de la horizontal buscaban muros más estables frente a los frecuentes temblores de tierra a que unos y otros estaban expuestos: la traba poligonal garantizaba una más alta cohesión y consistencia y, por ende, una mayor resistencia. Hay, por otra parte, que pensar en la extracción y en el transporte. Los bloques poligonales reclamaban una menor labra y puede que permitieran un más fácil transporte. Pero la cuidadosísima labra de las caras que se encuentran nos dice que la construcción de los muros requería una rigurosa especialización y, con seguridad, el manejo de un cierto utillaje que garantizara la íntima contigüidad de los bloques

operación de levantar un muro se alivia si se mantiene la horizontal, si el aparejo conserva los niveles que la horizontal establece. De ahí que quepa entender el construir como el continuo respeto a la horizontal. Y así, la historia entera de la construcción, de la arquitectura, puede entenderse como la historia de levantar muros según hiladas horizontales. La propia noción de hilada -asociada a la horizontal, al hilo tenso- alude al procedimiento de construcción descrito.

La conciencia del valor que la horizontal tiene para el constructor está presente en el origen de la arquitectura muraria y explica la aparición del sillar. Y así los mampuestos pronto comienzan a labrarse, convirtiéndose en sillares que al facilitar el asiento ayudan a establecer la primacía de la horizontal mencionada. El sillar -la pieza prismática labrada- se nos presenta como elemento sustantivo del muro y, al multiplicarse en su construcción, da origen a las juntas, por un lado, y a la traba, por otro. El sillar se convierte en sustancia de la construcción muraria. Alguien dijo, en cierta ocasión, que la arquitectura se manifiesta en las juntas y no le faltaba razón, ya que en ellas se nos muestra la lógica de la construcción. En cuanto a la traba, el muro recupera con ella la condición textil que Semper descubrió en la arquitectura. Y ya que estamos hablando de la condición textil que tienen los muros, habría que mencionar aquí cuánto la maestría en el control de las horizontales da lugar a que se despliegue en el plano vertical el esplendor de la geometría con el que nos encontramos en la arquitectura mudéjar. Como contrapunto, el muro parece reclamar la definición del elemento que lo compone, sea éste sillar,

ladrillo o adobe. Pero hecha una tal afirmación, forzoso es reconocer que el elemento con el que el muro se construye acaba por disolverse en él. Sillares, ladrillos, adobes, desaparecen en lo que es la realidad del muro.

Hemos llegado así al fin del preámbulo y trataré ahora de reflexionar acerca de otro modo de construir el muro: el que contemplamos en los asombrosos muros de la arquitectura de los incas. Pues el muro de los incas es otra cosa y me gustaría explicar bien por qué. Tras lo dicho, lo más fácil sería el afirmar que la diferencia se debe al deliberado olvido de la horizontal. Detengámonos ante uno cualquiera de estos muros y, ya que estas notas van a estar acompañadas por una ilustración, sea éste el muro de Cuzco. Frente a otros muros, en los que la construcción del plano vertical acaba siendo enmascarada por relieves, ritmos o incluso figuras, el muro de Cuzco se nos presenta como algo continuo, indiferenciado, ajeno a toda otra posible lectura que partiese de explicar cómo se produce la traba. El muro vive aquí manifestando su construcción, sin voluntad alguna de imponer otra lectura. Cada uno de los elementos que lo componen tiene idéntico valor en el todo, no hay subordinación alguna de los mismos al servicio de una estructura superior, no hay jerarquía. Cada uno de los elementos se recrea en afirmar la singularidad de su posición, de su lugar. El olvido de la horizontal tiene como inmediata consecuencia el abandono de la repetición, de la rutina, de la aparición de la forma sirviendo a una estructura que la determina y sojuzga. El juego de la construcción no está previsto ni anticipado por un proyecto. El construir, el momento en el que se construye, es, en último término, el que define cómo será el muro. El cantero es, en

última instancia, quien da forma al muro en su más radical materialidad. El muro se construye reconociendo contigüidades, estableciendo complicidades entre lo ya construido y aquello que en un determinado momento se le añade. El bloque de piedra que el cantero recibe y que llegó sin forma, la recibe ajustando, ensamblando, encajando y abriendo el juego para aquél que venga después. No hay tiranía alguna desde la anticipación autoritaria que todo dibujo de arquitectura supone.

El bloque de piedra definido por un perímetro de 4/5/6 lados escapa de la horizontal, la traba no está predeterminada y el muro adquiere su presencia, se dibuja, como resultado de una operación que no ve el fin, que mantiene la noción de "juego abierto" como principio. El bloque de piedra, el sólido, es un poliedro irregular que nos muestra su singularidad en la superficie convexa que se enfrenta al exterior. Ignoramos la geometría del interior -o mejor dicho, la ignoro, porque sin duda los arqueólogos que han desmantelado muros la conocen- pero la faceta convexa en la que se nos presenta es el rostro singular, único, de cada una de las piedras que construyen el muro. No hay, o al menos a mí me lo parece, ninguna otra arquitectura que dé al elemento con que se construye mayor autonomía. El elemento, por tanto, como parte y todo. No hay, que yo sepa, ninguna arquitectura que respete tanto el elemento unitario con el que se construye como el muro de los incas.

Ello significa que quien trabaja tiene en sus manos el control de la obra. O mejor, que es el cantero quien, al colocar el nuevo elemento, la configura. No hay, por tanto, alienación, distancia alguna entre lo que es la materialidad del trabajo y